

mente muchos otros interesantes aspectos de las novelas consideradas, pero esa es al fin la firme hebra que hilvana las diversas (y sustanciosas) digresiones en conjunto.

Ya se trate del dictador fiel a la exhortación de Saavedra Fajardo de “más se respeta lo que está más lejos”, o del caudillo populista que escenifica su cercanía al pueblo: ambos tipos de hombres fían la suerte de su carisma en una fuerza y vitalidad propias que, antes que tarde, se revela un espejismo. La supuesta incorrupción de los cadáveres de la esposa del dictador en *El recurso del método*, o de la madre del singular patriarca pintado por García Márquez, son parodias de las tópicas santificaciones que envuelve el embalsamiento de todo líder fallecido (sea Hugo Chávez, Eva Perón o Francisco Franco), así como de las novelescas vicisitudes efectivas de algunos de esos cuerpos momificados. Witthaus muestra bien cómo en las novelas de dictadores se ejemplifica de modo más realista que mágico la mascarada del cesarismo iberoamericano, el cual, por la teatralidad de sus manifestaciones, al cabo imita modelos simbólico-literarios. Especial atención merecen en el ensayo de Witthaus, a mi juicio, las perspicaces observaciones acerca del complejo cruce de perspectivas en las novelas analizadas (que constituyen una indisputable selección de clásicos modernos): con la patente declinación de su energía y virilidad el fatigado caudillo pierde la escenificada base de reconocimiento público, y entonces dirige obsesivamente la mirada hacia la mirada que los otros dirigen hacia los signos de su declinar. Percibe entonces (dicho en categorías hegelianas) que la percepción de tal menoscabo impulsa al siervo a albergar un ideal de autonomía, de ser-para-sí, cuyo

valor (en las simples transformaciones operadas por el trabajo, pero también con actos rebeldes o el asesinato político) trasciende la temporal existencia servil. Mientras que el siervo encarna así “espíritu objetivo”, superando en la calidad de su actuar el temor y encadenamiento a la muerte, el único valor que en cambio cuenta para el amo y señor, el dominio unipersonal sobre los demás, se va consumiendo a la par que su fuerza física y se desploma con su inminente óbito. La fundamental falta de reconocimiento del siervo por parte del amo impide que este mismo pueda aspirar a un “verdadero” reconocimiento: ello mina la omnipotencia del dictador, abocándolo a un grotesco otoño final de gestos crispados y pérdida de control (también sobre las funciones del dolorido cuerpo). No otro es el tema común, subraya Witthaus, a las grandes novelas por él tratadas, que estas exploran exhaustivamente con hábiles técnicas narrativas y rica polifonía de voces. Para bien apreciar el fruto de tal exploración *Endspiele des Caudillo* nos brinda una muy encomiable guía.

MANUEL GARCÍA SERRANO
(UNIVERSITÄT KASSEL)

Carolina Benavente: *Escena menor. Prácticas artístico-culturales en Chile, 1990-2015*. Santiago de Chile: Cuarto Propio 2018. 342 páginas.

Ahora, con el nuevo gobierno en Chile y su presidente electo de 35 años, Gabriel Boric, el libro de Carolina Benavente sobre una escena menor adquiere una nueva actualidad. La autora comenta distintas prácticas artísticas en formatos no canón-

nicos realizadas por jóvenes a partir del final de la era Pinochet. Divide sus treinta capítulos en tres secciones cronológicas: los años noventa, los dos mil; dos mil once y después.

La primera sección circunscribe lo doloroso de un nuevo comienzo. El primer texto, “Una isla en el Mar de la Nada: Clamton”, refleja la atmósfera en el país en 1990, como una isla en el Mar de la Nada. El texto es un homenaje al autor de la primera historieta en formato libro “al estilo de las *bédés* francesas” publicada en el país, *Historias, planetas, cerebros y átomos* (1990), una edición ya con gran valor anticuario. Clamton (Clam, Qlamton Qlam, Kam Kam) es el nombre de artista de Claudio Galleguillos (1968-1994), quien expresó su “pensar vegetal” en dibujos y textos. No estuvo aislado, sino que formó parte de un circuito alternativo que buscaba nuevas formas de visualizar sus ideas usando medios hasta entonces desconocidos, como una carta sónica. Aparte de localizar sus historias en espacios cósmicos y microscópicos, como una inversión del surrealismo por medio de la historieta, estaba alerta a los eventos sociales y políticos.

Benavente también llama la atención sobre actos como los descritos en “Maniqués en el Mapocho: Historia de unos cuerpos”. En los primeros años de la década de 1990 seguía existiendo una especie de autocensura, de no hablar en público de los hechos trágicos. Como contrapunto, un grupo de hijos de militantes víctimas de la represión arrojó del puente Pío Nono un conjunto de grandes muñecos a la corriente del río Mapocho el día 11 de septiembre de 1991, para evocar el destino de numerosos detenidos desaparecidos.

Estas acciones artísticas se discuten en el contexto de los eventos contemporáneos como la creación, bajo la presidencia de Patricio Aylwin, de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (CNVR) y su informe *Rettig*.

De una manera hábil, Benavente misma se muestra presente en todos estos “activismos” y otras prácticas que documenta e ilustra con fotografías en gran parte suyas. Aparentemente, después de haber regresado en 1989 con su familia de México y Francia, donde habían sido refugiados políticos, se propuso seguir de cerca las manifestaciones artísticas de los jóvenes en camino de experimentar con sus capacidades imaginarias después de 17 años de dictadura militar. En busca de nuevas maneras de interactuar con el mundo, eran aficionados a la música y la vestimenta, lectores ávidos de libros y diarios y comenzaron a usar las nuevas tecnologías.

En la segunda sección, “los dos mil”, ya con más apertura pública, se celebran los “Treinta años, treinta años después: Conmoción Arte de Acción” para conmemorar la muerte en combate de Miguel Enríquez, secretario general del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), el 5 de octubre de 1974. En 2004, se organizó una intervención mediante un evento de pintura *in situ* en la plaza San José de Maracaibo, “cercana a la casa de la calle Santa Fe donde fue abatido el dirigente político” (p. 152). Basada en el sentimiento que “el movimiento político estaba congelado” se consideraba que había una necesidad de no fijar el contorno de un ídolo en su recuerdo, sino de “reactivar su impulso en nosotros y en la comunidad, desde actuales coordenadas sociales” (p. 153).

Otro capítulo es una conmemoración de una joven amiga, la “Reina de tréboles. La Jo”, María José Gutiérrez Fernández (1976-2003), una muchacha tatuada con tréboles, amiga del espiritualismo y fascinada por los celtas: “Me explicó que era necesario aficionarse a algo, lo que fuera, para no sucumbir al vacío o a la nada” (p. 135). Con ella y su tribu, Benavente se reapropió de las calles de Santiago imaginando mundos alternativos, con vestidos excéntricos, leyendo y escribiendo, bailando.

Y, finalmente, en la tercera sección “2011 y después” parece por fin llegar la alegría, “el carnaval político estudiantil (p. 245): “Cuerpos pintados contra los aranceles universitarios, profesores-taxi con una pancarta de boleta de honorarios, acrobacias ninja frente a fuerzas especiales, el *remake* masivo de ‘*Thriller*’ en La Moneda, bombardeos de pintura a los carros policiales, una embestida de guanacos de cartón, lienzos multicolores, globos, challas y una gigantesca pintura *pop* colgada en la Casa Central de la Universidad de Chile, simulacros de suicidio, besatones y masturbatones, cumbias subversivas en las plazas, consignas para reír, bailar y protestar, una marabunta de pegatinas, *grafitis* y estenciles transformando la cara de la ciudad, bombos batuceros, cantos, cornetas, vuvuzelas, y entre las casi quinientas mil personas que marcharon a lo largo de todo Chile el jueves 30 de junio de 2011, sería interminable hacer el listado de acciones festivas por el cambio en la educación” (p. 245).⁸

⁸ Boric, por entonces, fue uno de los líderes estudiantiles más importantes de ese período de la historia política de Chile.

Esta manifestación se siente como una liberación histórica, después de tantos años de una política de “parcos hombres discursando ante micrófonos, entregando propuestas con calculadora en mano, llenando nuestras cabezas de tecnicismos, de resquicios para mentes leguleyas, de protocolos diplomáticos” (p. 245). Significaba la rebelión ante “esta comedia del poder” para enfatizar la importancia de una reforma a la educación y una nueva Constitución.

Queda claro, conociendo los resultados de las últimas elecciones de diciembre de 2021, que este esfuerzo estudiantil de 2011 se ha traducido en una continuidad. Sin embargo, esta también involucra a actores previos y paralelos menos visibles que la nueva clase política. Simultáneamente, se va abriendo el panorama a otros temas emergentes, como el feminismo, los movimientos LGBTQI+ y la creciente inmigración. El escritor, *performer* y periodista dominicano Johan Mijaíl, invitado a Chile en 2012, publicó su segundo libro *Pordioseros del Caribe* (2015) en Santiago, reflejando sus años en la República Dominicana, como un “ensamblaje de la prosa libre con la rima, el ensayo con la poesía, la crónica con el manifiesto” (p. 304). Benavente enfatiza su carácter de un *performance text* articulado en forma transmedial. Da cuenta de una isla nómada y de “un hilo de tristeza que recorre submarina, subterránea y aéreamente el continente de uno a otro de sus extremos” (p. 309).

Lo especial de los treinta textos es que Benavente no solo describe sus experiencias personales con las “artacciones” de los jóvenes, tomando parte en ellas, sino que también deja constancia del alto ni-

vel de una reflexión que le vincula con y también la diferencia de otras artistas/escriptoras como Nelly Richard, la directora de la *Revista de Crítica Cultural* y teórica de la Escena de Avanzada chilena, Lotty Rosenfeld, que dibujó “Una milla de cruces sobre el pavimento”, o Diamela Eltit, narradora de una contracultura al autoritarismo. Todas, como Benavente, publicaron libros en la editorial Cuarto Propio, fundada en 1984 con el objetivo de difundir un pensamiento crítico. Pero la participación de Benavente en las manifestaciones descritas y las relaciones afectivas que mantiene con varios de sus protagonistas, algunos de ellos muertos por drogas o suicidio, otorgan a sus relatos un toque altamente autobiográfico y dan cuenta, al mismo tiempo, de la necesidad de crear *a pesar de todo*, en un país en proceso de reconstruir su espacio público democrático.

INEKE PHAF-RHEINBERGER
(GIESSEN)

Matthias Hausmann / Jörg Türschmann (eds.): *La literatura argentina y el cine*. Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert 2019 (Nexos y Diferencias. Estudios de la Cultura de América Latina, 53). 468 páginas.

Dentro de la colección “Nexos y Diferencias” nos encontramos ante esta extensa publicación asociada al campo de los estudios culturales latinoamericanos. En esta ocasión el libro se centra, nada más y nada menos, que en la relación interdisciplinar entre la literatura argentina y el cine. Y es que, de un tiempo a esta parte, la literatura argentina ha sido adap-

tada al cine al mismo tiempo que el cine argentino ha seleccionado obras literarias extranjeras conocidas como modelos. Por este motivo, se expone en este amplio volumen, la recopilación de un total de diecisiete artículos de múltiples autores relacionados con el mundo del cine y la literatura. Todos ellos han ahondado, de una forma intrínsecamente individual, en un amplio corpus de escritores argentinos cuyas obras han sido transpuestas por magnánimos cineastas de todo el mundo.

Potencialmente, en el libro se analizan creaciones de autores argentinos tan conocidos internacionalmente como son Roberto Arlt, Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Julio Cortázar. Todos ellos han atraído a modo de imán y durante la segunda mitad del siglo xx, a extraordinarios directores de cine para llevar a cabo la transformación de sus propios textos. A veces, incluso la curiosidad ha llevado a algunos de los literatos al privilegio de poder participar en el proceso de guionización o, por el contrario, otros se han visto apartados del proyecto transpositivo por motivos económicos tal y como, por ejemplo, refleja Julio Cortázar en sus portentosas cartas. A estas celebridades se le suman las obras de autores actuales, pero no por ello menos meritorios, como son César Aira y Lucía Puenzo, entre otros novelistas destacados. Sendos son una clara muestra del remarcable hecho de que existe una resonancia internacional de la literatura argentina actual la cual exige inevitablemente seguirle la pista. De ahí nace este particular volumen unificado a través de varios artículos relacionados con películas, cómics, guiones y artes gráficas; formas completamente novedosas, perfiles interdisciplinares que aúnan letra e